

PABLO GERCHUNOFF

LA IMPOSIBLE
REPÚBLICA VERDADERA

Argentina, 1903-1930



Índice

Cronología. 1903-1930.....	9
Prefacio	15
Introducción	21
¿Tratado de paz o revolución por otros medios?	35
Dos versiones del radicalismo, dos visiones de la nación	81
El fin de la ilusión antipersonalista	125
La imposible república verdadera.....	145
¡Esto no es una revolución! ¡Esto no es un gobierno!.....	163
Posfacio	201
Anexo: Testimonios	209
Bibliografía	233
Agradecimientos.....	247

Prefacio

El libro que presento aquí y los acontecimientos que en él se narran tienen como antecedente lejano otro libro que fue una pieza central en el debate acerca de qué hacer con la revuelta y exaltada Argentina posrosista, esa Argentina a cuyas playas se acercaban las olas del capitalismo pero que demoró casi treinta años en capturar plenamente sus beneficios (¿y pagar sus costos?). Me refiero a *Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina*, de Juan Bautista Alberdi, cuya primera edición fue firmada en Valparaíso en 1852, cuando Hipólito Yrigoyen nacía. Alberdi fue un protagonista principal de ese debate áspero al que se sumaron José Hernández, Sarmiento, Mitre y tantos otros, y fue un protagonista principal no solo por la influencia intelectual y política de *Bases...* sino también por la nitidez con la que una y otra vez, en diversos textos, planteó la subordinación de cualquier otro objetivo al del progreso económico en el marco institucional de una república que adquiriría pleno sentido solo si plasmaba ese progreso. Si nos detenemos en *Bases...* es casi por comodidad. En el capítulo XII, el tucumano escribió esa idea potente, la de la marcha hacia una meta en el que el salto de calidad del mundo material abriría las puertas a la república plena en una suerte de convergencia espontánea: “La república deja de ser una verdad de hecho en la América del Sur, porque el pueblo no está preparado para regirse por este sistema superior a su capacidad [...] La verdad es que no estamos bastante sazonados para el ejercicio del gobierno representativo, sea monárquico o republicano”. Y poco más adelante: “El problema

del gobierno posible en la América antes española no tiene más que una solución sensata: ella consiste en elevar nuestros pueblos a la altura de la forma de gobierno que nos ha impuesto la necesidad; en darles la aptitud que les falta para ser republicanos; en hacerlos dignos de la república que hemos proclamado, que no podemos practicar hoy ni tampoco abandonar; en mejorar el *gobierno* por la mejora de los *governados*; en mejorar la *sociedad* para obtener la mejora del *poder*, que es su expresión y resultado directo [...] Pero el camino es largo y hay mucho que esperar hasta llegar a su fin. ¿No habría en tal caso un gobierno conveniente y adecuado para andar este período de preparación y transición?”.

Pero el camino es largo y hay mucho que esperar hasta llegar a su fin, había escrito Alberdi, anticipando lo que en la segunda mitad del siglo XX se denominaría teoría de la modernización. La idea de larga transición-preparación que emergía de sus palabras podría ser, a decir verdad, también de Sarmiento, pero con un proyecto opuesto simétrico y con una causalidad inversa: el progreso sociocultural era para el sanjuanino la precondition del progreso económico, y entonces las apetencias de la plebe no eran una amenaza sino la arcilla que había que trabajar para convertirla en virtud ciudadana. Aun así, hay en Sarmiento el reconocimiento de una brecha entre la república deseable y la aptitud de sus ciudadanos, y un peligro si los desfavorecidos se percibían y actuaban como actores autónomos. También para Sarmiento, una élite tenía que comandar el proceso, en este caso el de la alfabetización de una masa ignorante cuya magnitud se convirtió en un número confirmatorio de sus presunciones cuando se conocieron los resultados del primer Censo de Población, que él mismo ordenó confeccionar en 1869. Ni en la hoja de ruta de Alberdi ni en la de Sarmiento estaba marcado el peligro del “asalto al poder”, el peligro revolucionario a la manera del 1848 francés, o por lo menos digamos que, quizás en un acto de omnipotencia, ese peligro estaba negado, o en todo caso controlado por lo que, a sangre y fuego, habían aprendido de Rosas: el ejercicio de la autoridad. Quizás confiados en la eficacia de ese aprendizaje, esos hombres arribaron al

momento roquista con explicables amarguras personales pero con escasas incertidumbres sobre el futuro argentino. La autoridad de Rosas, que tanto Alberdi como Sarmiento habían envidiado y admirado, ya no era la de un caudillo, sino la del Estado nacional.

Alberdi murió en junio de 1884; Sarmiento en septiembre de 1888. Ambos alcanzaron a vislumbrar que el progreso material acelerado había llegado a la Argentina, de la mano de innovaciones tecnológicas que le habían caído como anillo al dedo a la Argentina, y de la mano de las inversiones y de la inmensa inmigración de ultramar. En octubre de 1876 se había aprobado la ley de inmigración y colonización propuesta por Nicolás Avellaneda. Las querellas entre Alberdi y Sarmiento, sobre el sentido de esa inmigración habían quedado atrás, aunque las controversias al respecto no cesarían. En 1884, Sarmiento testigo del debate y la promulgación de la ley 1.420 sobre educación común gratuita y obligatoria, criticó sin embargo a Roca por no hacer de la Argentina una “república de ciudadanos”, sino una república integrada mayormente “por una gran masa de inmigrantes sin patria [...] sin ideas de gobierno ni otros propósitos que buscar dinero por todos los caminos”, lo que en su opinión le permitía a Roca legitimar su poder. En todo caso, se inauguraba otra historia, bastante más tempestuosa de lo que se ha creído. Entre 1890 y 1930, en cualquier momento de esos cuarenta años, se pudo constatar que esa nueva historia transcurría cargada de irrupciones inesperadas, de la dictadura de lo contingente. El progreso económico no fue paz política.

El camino “de la república posible a la república verdadera” —una frase en sí misma mecanicista— no tenía una estación terminal predefinida, su ritmo histórico no se podía anticipar ni proyectar. No se pudo anticipar, por ejemplo, el advenimiento de una revuelta que fue muchas cosas al mismo tiempo, pero entre otras fue sufragista, un advenimiento que no pidió permiso y que remató, pasado el tiempo, en lo que se ha dado en llamar “la primera experiencia democrática en la Argentina”.

El año de 1890 fue en ese sentido un sobresalto histórico que puso a la nación en otros rieles. Pero lo que queremos destacar en las páginas que siguen es que el largo tránsito de lo posible a lo aparentemente verdadero, tránsito que pareció finalmente plasmarse entre 1912 y 1916, fue una frustración, y no por el visible colapso de 1930, que es el momento en que finaliza este libro, sino porque tras la apariencia del nacimiento de la república verdadera que a muchos alegraba prematuramente estaba ya presente el conflicto profundo que transformó ese nacimiento en una sorda guerra de guerrillas política y social. Instalémonos en este concepto para anticiparnos a una posible crítica. Alejandro Quiroga, biógrafo de Miguel Primo de Rivera, advierte en su libro: “Si bien los problemas de Primo con las dos instituciones que en último término acabaron provocando su caída, la monarquía y el ejército, comenzaron antes de 1929, no sería hasta este año cuando la confrontación entre el dictador, el rey y algunos sectores de la oficialidad tomara unas dimensiones significativas. Conviene no leer la crisis de la Dictadura y la caída del dictador de un modo teleológico, buscando problemas en 1927 y 1928 que de un modo ‘natural’ acaben explicando el colapso del régimen en enero de 1930”. La de Quiroga es una excelente recomendación para los historiadores y es una excelente recomendación para el autor de este libro. El final no estaba escrito. Sin embargo, lo que me interesa es explorar el largo sustrato tenso que informa los años que van de 1912 a 1930 y que erosionó desde muy temprano las defensas de la experiencia democrática. La revolución del 6 de septiembre tuvo sus causas inmediatas (como las tuvo el derrumbe de Primo de Rivera desde principios de 1929) y a ellas nos abocaremos, pero esas causas operaron sobre un organismo castigado por ese desencuentro político y social que por momentos se atenuaba y por momentos se exasperaba. En otras palabras, lo que queremos subrayar es que el final del invierno de 1930 no puede explicarse cabalmente sin la discordia instalada en la nación argentina desde el mismo momento en que, dieciocho años antes, se celebraba, o algunos celebraban, la fiesta de su conquistada maduración institucional.

Nada de lo que sigue podría haber sido escrito sin tantos otros que me precedieron y que figuran en la bibliografía, pero muy en especial sin la picada abierta por Fernando Devoto, Natalio Botana, Ezequiel Gallo y Tulio Halperin Donghi a fines de los años 90 del siglo XX, cuando reflexionaron y escribieron sobre “el tránsito” –aceptemos el término– de la república posible a la república verdadera y sobre la vida y la muerte de la república verdadera. Gracias a los cuatro, y gracias a los que ensancharon esa picada, como Paula Alonso, Hilda Sábado, Eduardo Míguez, Robert Potash, María Sáenz Quesada, Victoria Persello, Martín Castro, Luciano de Privitellio, Guillermo Gasió y muchos más. Y gracias también a quienes se enfocaron, en algunos casos desde la propia militancia radical, en un ingrediente que nos es primordial: la crisis interna de la UCR y, especialmente, la crisis interna del yrigoyenismo entre comienzos de 1928 y el 6 de septiembre de 1930. En esa galería están, entre otros, Gabriel Del Mazo, Félix Luna, Manuel Gálvez, Luis Alen Lascano. Me han enriquecido. Me separa de ellos una cuestión de perspectiva: la mía no es una historia de ineptos o traidores, sino la historia de la descomposición de un movimiento político en su fase personalista, descomposición inevitable cuando la persona que le da sentido ingresa en el ocaso. La vida de la UCR intransigente y personalista transcurrió entre 1903 y 1930. Con la revolución de 1930 esa historia se terminó, aunque recién pudo comprenderse en 1946, cuando otro personalismo, esta vez de raíz militar, ocupó el centro de la escena.

Introducción

Nos referiremos, entonces, a la segunda vez que se perdió la república, una historia conocida por casi todos los argentinos, sobre la que se han escrito libros y filmado películas, excediendo largamente en su sentido emocional y político las fronteras del alma radical, aunque el radicalismo haya sido el protagonista central de esa tormenta política. El foco estará puesto en la revolución del 6 de septiembre de 1930 y en su génesis, la tragedia que inauguró 53 años de oscuridad institucional, no necesariamente oscuridad económica y social, de la que la nación recién emergió en 1983. La idea central que atraviesa las páginas que siguen es que la república con derechos políticos plenos nació herida en 1912, cuando se aprobó la ley del voto secreto y obligatorio, y que esa herida nunca sanó, aunque por momentos se fantaseó que sí. Cada día de los dieciocho años transcurridos entre 1912 y 1930 pudo haber sido, en otra trayectoria de los acontecimientos, el ladrillo de un sólido edificio institucional, resistente a los duros pero comprensibles conflictos políticos y sociales de una democracia vital. Pero no fueron eso. Fueron, en cambio, los eslabones de una historia cargada de tensiones por un disenso básico sobre las reglas del juego de la vida en común, como lo retrataron Halperin Donghi y de Privitellio.

Enfoquémonos por un momento en 1916, el año en que Hipólito Yrigoyen llegó a la presidencia, para ilustrar lo que queremos decir. ¿Fue para los conservadores que habían jugado la carta reformista y que ahora entregaban el poder un hecho que no estaba en los cálculos pero

que finalmente aceptaron con resignación o con impotencia, más con impotencia que con resignación, algo así como un aterrizaje forzoso en el aeropuerto de la república verdadera? ¿O 1916 fue para esos hombres un accidente absurdo y calladamente intolerable, que después del largo estupor inicial tenía que ser corregido desplazando a los advenedizos de un lugar que aún no les tocaba ocupar? Anticipémonos: fue una cosa y la otra, y en el devenir de la historia terminó siendo lo segundo; algo de eso se trasluce tempranamente en el discurso de Horacio Oyhanarte de 1917 en la Cámara de Diputados, cuando denuncia con ánimo victorioso “el despecho de los desalojados” frente a la obra “de la reparación argentina”. Y si para unos fue el despecho, ¿qué fue 1916 para Yrigoyen y sus fervorosos y tumultuosos seguidores, mezcla de doctores y radicales “pañuelo al cuello”, como habían sido los de Leandro Alem? ¿Fue lo que recibían en ese octubre histórico los atributos del mando de una república democrática naciente, pero lista para echarse a andar, aunque fuera a los tropiezos? ¿O, por lo contrario, Yrigoyen y los suyos llegaron al poder imbuidos del espíritu de una revolución que recién comenzaba, y por lo tanto decididos a gobernar revolucionariamente, ahondando cada día las tensiones para regenerar la nación con un espíritu de totalidad? Anticipémonos de nuevo: en este caso no fue una cosa y la otra. Fue lo segundo desde el primer día.

¿Por qué hemos comenzado hablando, algo enigmáticamente, de “la segunda vez que se perdió la república”? Porque en la larga tradición cultural y política de la Unión Cívica Radical, dos veces se la perdió, quizás alguna más si se entra en detalles. La primera fue construida intelectualmente por Alem en 1880, con el arribo del general Roca al poder. Fue entonces, diría una y otra vez el primer jefe radical durante las jornadas de 1889 y 1890, que se ahogó un pasado de vigencia constitucional que había nacido en su mente después de la caída de Rosas, en 1852. La versión “alemnista” de la historia desapareció con el paso del tiempo, y eso no debería llamar la atención: desde Alberdi hasta el centenario —y es precisamente en 1910 que el riojano Joaquín V.

González, ministro de Justicia e Instrucción Pública durante la segunda presidencia de Roca, nos lo hace notar en su ensayo *El juicio del siglo*— la cuestión pendiente de los derechos políticos fue materia de debate, unas pocas veces aceptándola culposamente como una deuda, muchas otras veces justificando “la demora” en consolidar los derechos políticos con una doctrina evolucionista fundada en el retraso material y educacional del país: ¿se podía votar libremente en medio de una barbarie de la que nunca se acababa de salir?

Alem no podía ignorar los oscuros de ese pasado anterior a Roca que, como líder del radicalismo, ahora convertía en pura virtud. Y no podía ignorarlos, entre otras cosas, porque había sido parte de ese pasado desde que en su juventud se había afiliado al autonomismo de Adolfo Alsina y había ganado su merecida popularidad porteña, transformándose en 1877 en una de las figuras visibles del efímero Partido Republicano. Si en medio de la debacle de Juárez Celman aceptó aliarse a Mitre fue por una necesidad política: la de recortar la realidad aislando a Roca, al que percibía como la encarnación de una Edad Media después de la cual asomaría el Renacimiento. Desde la llegada del detestado general al gobierno, Alem había hecho silencio durante diez años y ahora volvía al ruedo para confirmar su profecía de 1880, la de su célebre discurso rechazando la federalización de Buenos Aires. Es casi unánime la lectura de ese discurso como una biblia liberal contra el centralismo, augurando a la vez la muerte de los partidos, con la sola excepción de los círculos entibiados por el calor oficial. Pero en esa lectura se vacía al discurso de su astuto componente político coyuntural. Alem dijo, en efecto, “gobernad lo menos posible”, pero más allá de una proposición filosófica, esas palabras contenían el ya imposible imperativo de limitar a Roca, al líder emergente, frente al cual, derrotado, Alem elegiría el exilio interno. ¿Era un adversario insobornable del caudillismo y del personalismo el que trazaba esa parábola que terminaría en 1896 con su suicidio? Paul Groussac y el radical Francisco Barroetaveña, el autor de ese llamado a la rebelión contra Juárez Celman que fue el artículo “¡Tu

quoque juventud! En tropel al éxito”, pueden contestar por nosotros. Groussac escribió que los radicales “no necesitan acudir a la escarapela para caracterizarse. Basta el nombre de su jefe”. Y Barroetaveña escribió: “Alem es jefe del Partido Radical [...] No es un simple presidente del Comité Nacional; es más que eso; es el elegido en un momento supremo para dirigir la salvación de la patria”.

El punto de partida del libro es, como ya lo hemos anotado, “en los alrededores” de la revolución radical de 1905, el alzamiento en armas de la nueva Unión Cívica Radical, la de Hipólito Yrigoyen. Si ese es el punto de partida es porque el 6 de septiembre no se explica por los hechos próximos a esa fecha que, en todo caso, operaron como factores de aceleración cuyo dramatismo enceguece y a los cuales nos referiremos en el último capítulo. No obstante, aun “1905 y sus alrededores” es insuficiente para cobrar perspectiva. Lo que hacemos en este prólogo es remontarnos aún más atrás para entender el sorprendente crecimiento político de Yrigoyen casi desde la nada, y también su contracara, las dificultades y los vaivenes del conservadorismo después de 1890, en particular el debilitamiento transitorio, pero no breve, de Roca. A la altura de la revolución del Parque de Artillería, Yrigoyen era un personaje de segundo orden que convivía con su tío y a primera vista no tenía futuro sino a su sombra. ¿Por qué decimos “a primera vista”? Una señal que justifica esas palabras impregnadas de cautela es que en 1880 el joven Hipólito, de veintiocho años, pero apenas diez años menor que Alem, votó como diputado provincial a favor de la federalización de la ciudad de Buenos Aires e inmediatamente asumió como diputado nacional por la provincia de Buenos Aires, al tiempo que Alem ingresaba en su deliberado eclipse. Una segunda señal está vinculada a la cercanía entre tío y sobrino. Nadie como Yrigoyen entendió tan temprano la inestabilidad emocional de Alem, y también por esa cercanía fue que rápidamente percibió que si tenía aspiraciones políticas no podría canalizarlas como tribuno, porque no habría otro tribuno como su tío. Es probable que, por contraste, Yrigoyen aprendiera las virtudes

del silencio en público y de la palabra cara a cara, lo que conllevaba la valorización del método, del secreto y de la organización radial, alejada de las multitudes. De esas presuntas virtudes se ha escrito mucho, aunque en no pocas ocasiones sus adversarios las han convertido en vicios. Por ejemplo, fueron algo peor que vicios en la mirada profundamente despectiva de Alberto Gerchunoff en *El hombre importante*, cuando imaginó a Vespaciano Pardeche, un político personalista y clientelista que ocultaba su ignorancia debajo de la alfombra del místico silencio. Fueran virtud o vicio, inteligencia política inasible, intuitiva y popular, o por lo contrario una mediocridad que finalmente interpretaba a la Argentina mediocre, Yrigoyen tuvo un éxito sorprendente en imprimirle un viraje a la tempestuosa Argentina, en construir una fuerza política que no fuera apenas una asamblea de notables imposibilitada de resolver el problema de la representación democrática.

No nos detendremos en los avatares económicos y políticos de 1889 a 1891, en la quiebra financiera argentina que generó un pánico en la City londinense, ni en la formación de la Unión Cívica como fachada de una revolución que ha pintado Hilda Sabato en *La Revolución del 90: prólogo o epílogo?*, ni en la derrota de esa revolución. Tampoco entraremos en detalles sobre la rápida ruptura de la Unión Cívica, que dejó de un lado al difícil y efímero “acuerdo” entre Roca y Mitre, cuyo único objetivo fue rescatarse el uno y el otro de la amenaza modernista encarnada en la candidatura presidencial de Roque Sáenz Peña, y que dejó en la vereda opuesta, a la rebeldía altiva de la recién constituida Unión Cívica Radical. Lo que nos interesa aquí es que una vez conformada esa novedad que fue el radicalismo, se le encomendó a Yrigoyen su organización en la provincia de Buenos Aires. Este libro es, sobre todo, uno que habla de hombres en acción. La presidencia del Comité en el distrito más importante del país fue la palanca que necesitó Yrigoyen para catapultarse sin mayores estridencias desde las orillas del partido. Se ha dicho, probablemente con injusticia, que usó esa palanca por primera vez en abril de 1892, pocos días antes de las elecciones que

llevarían a Luis Sáenz Peña, padre de Roque, a su exótica presidencia, y también se ha dicho que la usó con un acto de traición, entregándole a Carlos Pellegrini información sobre un posible levantamiento radical encabezado por Alem. Pellegrini decretó el estado de sitio y encarceló a figuras de primera línea del partido, pero no a Yrigoyen. ¿Es verdad que Yrigoyen traicionó a su tío? Vale la pena subrayar que después del fracaso de 1890, el joven conductor del comité de la provincia de Buenos Aires fue de los primeros que pensó que había que hacer una pausa con el método de la lucha armada, ¿pero al punto de imponer su criterio con recursos tan reprobables? Como veremos en seguida, algunos lo pensaron, y algunos lo dijeron en voz alta. La figura de Yrigoyen comenzó a atraer la atención, pero también la inquietud. Aunque fuera por las malas razones, fue su “primer momento”.

El segundo “momento Yrigoyen” en esos años finales del siglo XIX fue el de las revoluciones de 1893 en Buenos Aires y Santa Fe, acompañadas por otros movimientos de cuantía menor en otras provincias, como San Luis, Tucumán y Corrientes. Concentrémonos en Buenos Aires y Santa Fe, porque ello nos permite examinar los contrastes entre Yrigoyen y Alem. No queremos aquí ahondar en los detalles de ambas sublevaciones, que han sido sobradamente estudiados, pero sí marcar tres diferencias que, en alguna medida son de contexto, pero que, sobre todo, separan los temperamentos políticos de los dos hombres. En primer lugar, la revolución de fines de julio en Buenos Aires fue un notable ejemplo organizativo y de despliegue territorial, propio de un partido político-militar, en contraste con una revolución santafesina que fue igualmente multitudinaria, pero sobre todo estruendosa y territorialmente fragmentada. En segundo lugar, la revolución de Buenos Aires se montó sobre un descontento social difuso –eco de la crisis financiera nacional– mientras que la revolución de Santa Fe estuvo preñada por la violenta rebelión fiscal de los chacareros que tan bien pintó Ezequiel Gallo en *Colonos en armas*. En tercer lugar, y quizás lo más importante, la revolución de Buenos Aires, prolongando el viraje estratégico

que Yrigoyen había iniciado en 1892, no fue un intento de derribar al gobierno nacional sino una demostración de fuerza contra los vicios provinciales en materia de derechos políticos, mientras que la de Santa Fe fue nítidamente “alemnista”, con las armas dirigidas contra la administración de Luis Sáenz Peña, congelado el tiempo espiritual en la gesta de 1890, pero convirtiendo ahora esa nueva gesta en una posible victoria nacional.

Veamos con más detalle este tercer punto. El 2 de julio de 1893, el atribulado presidente Sáenz Peña convocó en su domicilio particular a Mitre, Roca y Pellegrini para anunciarles que ya no podría gobernar con los ministros del “acuerdo” porque el “acuerdo” había muerto, lo cual era rigurosamente cierto. Con el misterioso apoyo de Pellegrini —apoyo que merecería un examen más profundo—, Sáenz Peña convocó al radical Aristóbulo del Valle para que formase gabinete. Coloquémonos en el espíritu de Alem frente a la hecatombe y la desorientación oficialistas. Algo debe haber resonado en él: quizás llegaba la hora de otro 1890 pero con sentido distinto, casi sin gobierno pero con el impulso revolucionario vivo, y ambas cosas probablemente acicateaban su optimismo. El 4 de julio, Del Valle le ofreció la cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública a Hipólito Yrigoyen, quien naturalmente la rechazó, decisión que recibió el apoyo aliado del Comité Nacional. El 5 de julio Del Valle definió los nombres de quienes lo acompañarían, reservándose la cartera de Guerra y Marina, pero lo más interesante es que el 8 de julio tomó una decisión trascendente: ordenó el desarme de las guardias nacionales en las provincias, comenzando por la provincia de Buenos Aires. Vale la pena repasar las palabras del decreto: “Siendo notorio que el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires mantiene en pie de guerra los cuerpos militares a pesar de lo dispuesto por el artículo 108 de la Constitución Nacional [...] procédase inmediatamente al desarme de los mencionados cuerpos, cualquiera sea su denominación [...]”. A pesar de la resistencia del gobernador Julio Costa, la orden se cumplió. El 19 de julio, Del

Valle profundizó su ofensiva e intervino el Banco de la Provincia de Buenos Aires, y el 23 y 24 fueron desarmadas las provincias de Santa Fe y Corrientes.

En este clima desafiante propiciado insólitamente desde lo más alto del Poder Ejecutivo nacional, comenzó el 27 de julio la revolución en Buenos Aires —ya sabemos que liderada por Yrigoyen— y casi simultáneamente la revolución en Santa Fe, encabezada por Mariano Candiotti. ¿No había sido, acaso, la política de Del Valle una invitación a las revoluciones radicales provinciales? Como se sabe, todo fallaría. Sintéticamente, la secuencia fue la siguiente: Yrigoyen formará un gobierno revolucionario “provisorio” presidido por Juan Carlos Belgrano con la participación de Marcelo Torcuato de Alvear como titular de la cartera de Obras Públicas, Del Valle se propondrá a sí mismo como interventor en Buenos Aires reteniendo la cartera de Guerra y Marina, el presidente Luis Sáenz Peña le denegará el pedido, Del Valle renunciará el 13 de agosto y será reemplazado como ministro por el general Luis María Campos, al tiempo que Manuel Quintana ocupará el Ministerio del Interior. Ese 13 de agosto será el final de la no muy discreta coalición entre Yrigoyen y Del Valle, el consecuente final de una revolución “desde las periferias al centro” y el comienzo de la represión “del centro a las periferias”. Solo la debilidad transitoria de Roca había hecho lugar a una historia a la que, de otro modo, le cabría el calificativo de absurda.

El 25 de agosto de 1893, al deponer las armas tras el intento revolucionario, el Comité de la Provincia de Buenos Aires del radicalismo daba a conocer un documento firmado entre otros por Hipólito Yrigoyen. El estilo apaciguado transmite un estado de satisfacción, como si los objetivos se hubieran cumplido, aun en la derrota, y es probable que así lo viviera el jefe de la revolución derrotado. El levantamiento —podía leerse— había sido esencialmente democrático, convocando a ciudadanos “sin distinción alguna, desde la esfera más modesta hasta la más elevada [...] patriotas y nobles extranjeros” de la Capital Federal, La Plata y distintos pueblos de la provincia de Buenos Aires.

Esta es la ocasión para establecer nítidamente el contraste, las hondas diferencias entre Alem e Yrigoyen, objetivos distintos, cálculos distintos. El 21 de septiembre de 1893, Yrigoyen fue detenido por la policía y finalmente desterrado a Montevideo junto con decenas de radicales. Pero el 24 de septiembre, como opuesto simétrico, se reanudó la revolución en Santa Fe, y Alem, arribado a Rosario escondido en un buque de carga, fue proclamado “presidente provisional de la república” en una gran asamblea popular. La aventura, fuera de tiempo, deficientemente organizada, nostálgica, duraría muy poco. En 48 horas fue derrotado Candiotti en Santa Fe, y el día 30 Alem corrió la misma suerte en Rosario, cayendo también preso. En ese final, Alem dijo: “Que se retire cada uno a su casa, guardando bien las armas”. ¿Iba a sonar pronto, por tercera vez, la hora de las armas? La respuesta es que no. Sería la hora de las urnas, una vez que los radicales pudieran regresar a sus puestos de lucha. Y sería la hora de la reorganización partidaria y de los debates parlamentarios, incluso de los debates económicos. Había que repensar casi todo.

El “tercer momento de Yrigoyen” en esos años de crecimiento político personal es efectivamente el de las elecciones de 1894 y 1895, a las que Luis Sáenz Peña, explotando al máximo su escaso poder, garantizará libres. Para los radicales, fue un oasis, aunque a algunos de esos radicales no les apetezcan los oasis de la rutina comicial. Aumentaron a dieciséis sus bancas en la Cámara de Diputados mientras Bernardo de Irigoyen era su único representante en el Senado. Nos cuenta Paula Alonso en sus escritos sobre el sistemático librecambismo del partido en esos años y sobre la interpelación de Bernardo de Irigoyen al ministro Quintana en la primavera de 1894 a propósito de las políticas represivas que se habían extendido más allá de las revoluciones de 1893. Pero lo que cabe subrayar para nuestro propósito es la consolidación electoral de Hipólito Yrigoyen en la provincia de Buenos Aires y su influencia ya insoslayable en el partido. En los comicios del 4 de febrero de 1894 para elegir diputados nacionales, la UCR obtuvo el primer lugar, y lo mismo en las

del 25 de febrero para elegir gobernador, aunque su candidato terminaría derrotado en el Colegio Electoral por “el acuerdismo provincial”. Un año después, en febrero de 1895, se confirmó que el yrigoyenismo había echado raíces, revolucionarias y electorales, si cabía la distinción. El 6 de febrero puede leerse en *La Prensa* un retrato entusiasta cuyos rasgos principales volveremos a encontrar repetidamente con el paso del tiempo: “El doctor Yrigoyen se ajusta al programa que se trazó cuando hace cuatro años se hizo cargo de la cruzada sin aceptar cargo público [...] Nadie sintió la Revolución del 93 y estalló en toda la provincia a la misma hora. El domingo se presentó a los comicios con igual decisión y disciplina, siendo digno de notarse que sus adversarios no sintieron sus trabajos preparatorios, en ninguna parte, a punto de haber podido celebrar en reserva una convención de delegados y conservar en secreto sus movimientos hasta 48 hs antes del día de la convocatoria”. Lo llamativo de la nota editorial del periódico es que usa los mismos colores épicos para una revolución y para un comicio sin que eso llame la atención. Eso ilumina algo sobre la vida política de Yrigoyen: el comicio era parte de una saga revolucionaria, era el avance de la tropa con las armas del voto. Que Yrigoyen fuera en ese momento, como lo había sido en septiembre de 1893, el ala moderada en la pugna partidaria frente a la intransigencia de Alem es un detalle que puede llamar a la confusión.

El “cuarto momento de Yrigoyen” estuvo signado por la tragedia y por la crisis partidaria. El 29 de enero de 1896 falleció repentinamente Aristóbulo del Valle, víctima de un derrame cerebral; el primer día de julio se suicidó Leandro Alem. Después del enorme terremoto al que siguió el desaliento, por ejemplo, del influyente cordobés Pedro Molina, el radicalismo tenía que tomar una decisión: ¿quién llenaría el vacío de liderazgo? Quedaban dos hombres capaces de competir: Bernardo de Irigoyen, Hipólito Yrigoyen. La crispación interna creció. Luego de vencer resistencias no menores, al comenzar abril de 1897, en una reunión secreta, los delegados al Comité Nacional eligieron a Bernardo de Irigoyen para presidirlo. El 2 de abril, quien parecía que iba a ser

por un largo tiempo el nuevo jefe, anunció un acuerdo con la Unión Cívica Nacional para que ambos partidos concurrieran a los siguientes comicios presidenciales con una fórmula liderada por Irigoyen. A la inversa, en la provincia de Buenos Aires, la candidatura a la gobernación le correspondería al mitrismo, relegando entonces a Yrigoyen. ¿Era la oportunidad de derrotar a Roca, quien, revitalizado después de su etapa crítica, aspiraba a una segunda presidencia? ¿Por qué habría de aceptar Yrigoyen, cuyo proyecto de poder estaba más que claro, un sacrificio semejante? No lo aceptó. El 27 de septiembre disolvió la estructura partidaria en la provincia, los legisladores renunciaron a sus bancas, los comités locales fueron cerrados, todo llevado a cabo con la disciplina de un ejército. Un misil a la línea de flotación del proyecto bernardista, que ya no podría plasmarse después de la deserción de los radicales bonaerenses. Si de poder se trataba, lo de Yrigoyen fue una demostración implacable, aunque coyunturalmente favoreciera a Roca.

En septiembre de ese 1897 tuvo lugar una reunión de la Convención Nacional de esa fuerza política que había nacido seis años antes pero que ya estaba rota. Carlos Giacobone y Edit Rosalía Gallo han presentado en *Radicalismo bonaerense: la ingeniería política de Hipólito Yrigoyen 1891-1931* una síntesis de las conflictivas intervenciones. Un convencional santafesino, Lisandro de la Torre, renunció a su cargo de delegado y al propio partido con palabras que se volvieron famosas y que hacían patente lo que en otros estaba latente: “El Partido Radical, desde su origen, ha tenido en su seno una influencia hostil y perturbadora que ha trabado su marcha [...] Ha sido la influencia del señor Hipólito Yrigoyen, influencia oculta y perseverante que ha operado lo mismo antes y después de la muerte del doctor Alem, influencia negativa, pero terrible, que hizo abortar con fría premeditación los planes revolucionarios de 1892 y 1893”. He aquí “al traidor” mencionado con nombre y apellido.

Yrigoyen y De la Torre se batieron a duelo, pero eso es lo menos importante. Con el partido dividido, las elecciones a gobernador de

Buenos Aires reflejaron un nuevo escenario político, con dos facciones del radicalismo y dos facciones del autonomismo –la pellegrinista y la roquista– y solo el mitrismo unificado. Bernardo de Irigoyen fue elegido gobernador, secundado por los pellegrinistas. La dirigencia radical se dispersó y el pronóstico de que el partido ya no se recuperaría estaba en las especulaciones de todo el arco político. Fue un error. Todavía faltaba “el quinto momento de Yrigoyen”, el definitivo, el de la resurrección partidaria bajo su liderazgo excluyente. Ahora Yrigoyen no era uno más de la vieja camada que tenía que remontar la cuesta; ahora, digamos en 1902, tenía cincuenta años, era un hombre respetado por las nuevas camadas, y pronto sería venerado por multitudes. Los comienzos del siglo XX representaron una oportunidad y, sin embargo, no es seguro que Yrigoyen lo haya percibido en plenitud. Argentina cambiaba en medio de la más extraordinaria expansión económica de la que se tenga memoria. La ruptura Roca-Pellegrini en 1901, el frustrado Código del Trabajo de Joaquín V. González en 1902, su reforma electoral finalmente abortada en 1904, el Ejército profesional del general Pablo Riccheri, con el servicio militar obligatorio, el padrón militar, el colegio militar y la Escuela Superior de Guerra, y sin embargo, persistente, la oclusión del sufragio libre. En el verano de 1903, Yrigoyen comenzó a reunirse con dirigentes del radicalismo, pero también con jóvenes oficiales del ejército y hasta con representantes obreros. El 26 de julio organizó un multitudinario acto conmemorativo de la revolución de 1890. En una caricatura de *Caras y Caretas* sobre la manifestación, un hombre le comenta a su interlocutor: “solo 26 son de Julio”, aludiendo a la decadencia de Roca. En febrero de 1904 se conformó el Comité Nacional. Pero si a la resurrección le faltaba algo, era una revolución, una revolución yrigoyenista. No podía haber nuevo radicalismo, radicalismo yrigoyenista, sin bautismo, sin un golpe sobre el tablero político, el golpe de la intransigencia. Liderar es sorprender. Y entonces fueron no una revolución, sino varias. El 4 de febrero de 1905 estallaron simultáneamente

en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y Mendoza. Como era habitual, fueron un fracaso. O, para ser precisos, fueron un fracaso militar y un éxito político. El radicalismo se había convertido en una insistencia, y ya nadie podía imaginar que el país podía desembarazarse de él.